

NO PUDO TERMINAR SU ORACIÓN

Por **Florencia Carison**

Celia extendió la mano para alcanzar el frasco que estaba en el segundo estante del aparador, el frasco que tenía chocolate rallado. Ya casi podía saborear los pedacitos de chocolate, derritiéndose en la boca. ¡Y había tantos! La mamá nunca echaría de menos si ella sacaba unos pocos. Destapó el frasco. La mamá le había dicho a Celia que nunca se sirviera alimentos sin pedir permiso. Pero la mamá no estaba en la casa, de manera que eso era diferente... No había forma de pedirle permiso.

Celia tomó dos pedacitos de chocolate en su mano. ¡Ah!, ¡qué rico olían! Sólo los miraría por un ratito.

Pero de repente notó que tenía la mano pegajosa. Los pedazos de chocolate habían comenzado a derretirse. "Bueno -razonó Celia-, ahora no los puedo poner de vuelta. Tendré que comerlos". Los pedacitos de chocolate eran tan sabrosos como se lo había imaginado.

"Son tan chiquititos que mamá nunca se dará cuenta si saco unos pocos más. ¡Tengo hambre!" Y Celia volvió a meter la mano en el frasco y tomó varios más.

¡Ah! Estos parecían más ricos que los primeros. Celia probó otros pocos y luego otros pocos más. En eso recordó que la madre esperaba que ella hubiera terminado su media hora de práctica de piano cuando regresara de hacer sus compras. le echó una mirada al reloj. Ya había perdido diez minutos. Colocó de nuevo el frasco en el segundo estante.

"Practicaré hasta que mamá vuelva. Si viene antes de que termine no necesitaré decir cuánto tiempo estuve practicando", pensó Celia.

Ese día las manecillas del reloj parecían moverse muy lentamente. Y además, era como si el tic tac del reloj le estuviera diciendo: "Celia, robaste algunos pedazos de chocolate. Celia robaste algunos pedazos de chocolate. Celia robaste algunos pedazos de chocolate". Eso la molestaba tanto que deseó no haber abierto nunca las puertas del aparador. Además esa falta la había hecho empezar tarde su práctica de piano. Tenía la esperanza de no tener que decir una mentira acerca del tiempo que había estado practicando.

Pero la madre llegó a la casa con sus bolsas de provisiones antes de que las manecillas del reloj le indicaran a Celia que había pasado su media hora de práctica.

-¡Hola, querida! ¿Ya terminas con tu práctica? -preguntó la mamá-. Tan pronto como hayas terminado, quisiera que llevaras esta fruta a casa de la Sra. Anderson, que ha estado enferma.

Ahora, ¿qué debía hacer? ¿Debía dejar de practicar a las cuatro como solía hacerlo siempre, para no tener que explicar lo del chocolate que le había hecho empezar tarde la práctica? .Antes de que se diera cuenta había dicho:

-Sí, mamá, terminaré enseguida.

Esa era una mentira, pero le pareció mejor eso que confesar que había tomado algo que no le pertenecía.

Celia no se sentía feliz cuando se dirigió a la casa de la Sra. Anderson. Su conciencia la molestaba. En primer lugar, ¿por qué había comido los chocolates? Y además, ¿por qué le había dicho a su mamá una mentira en cuanto a la hora de práctica? Parecía como si una cosa mala se fuera apilando sobre la otra. La Sra. Anderson se sintió feliz de recibir la fruta. Celia se propuso ayudar a la Sra. Anderson a ordenar un poquito la casa. Arregló los libros de la biblioteca, desempolvó las sillas y la mesa de la sala.

-Gracias, querida -dijo la Sra. Anderson cuando Celia guardó el paño de desempolvar-. Dite a tu mamá que tiene una buena niña. No hay ahora muchos chicos a quienes les gusta ayudar a una anciana.

En su camino de regreso a la casa, Celia no se sintió tan feliz como creía que debía sentirse. Al fin y al cabo, el ayudar a la Sra. Anderson en realidad no cambió nada. Todavía se sentía culpable porque había abierto el aparador de la mamá sin permiso, y había mentido acerca de su hora de práctica.

Pero cuando el papá volvió a la casa y cenaron y luego lavaron los platos y jugaron uno o dos juegos, le



resultó más fácil olvidar lo que había hecho. Cuando se quiso acordar la mamá la estaba llamando: -Celia, es hora de ir a la cama. Tú y papá tendrán que dejar lo que les falta del juego para alguna otra oportunidad.

Celia le dio a su papá el beso de buenas noches y ascendió corriendo la escalera. Siendo que la mamá siempre iba a taparla y a acompañarla cuando hacía su oración, le daría las buenas noches más tarde. Después de bañarse, Celia se puso el pijama limpio que su mamá le había dejado afuera. .Ahora estaba lista para orar. "Querido Jesús -comenzó Celia-, perdóname si he hecho algo malo". De pronto se detuvo.

¿Cómo podía perdonarla Jesús? No hacía mucho su lección de la escuela sabática había explicado que "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados". Pero no decía nada en cuanto a ser perdonados si no confesamos.

La madre estaba escuchándola.

-¿Qué pasa, querida? -preguntó cuando Celia se detuvo.

-Oh, mamá, yo hice una cosa muy terrible hoy. Saqué unos pedazos de chocolate y perdí diez minutos de mi tiempo de práctica. Luego dejé de practicar a las cuatro como siempre lo hago, sólo para que no te enteraras de lo que había hecho.

La madre acarició la cabeza de Celia.

-Ahora ves lo que Satanás hace, ¿no es cierto, Celia? Teje una tela a tu alrededor para que después de haber hecho una cosa mala, no dejes de hacer lo malo. Generalmente, para cubrir la primera cosa mala que hacemos, se requieren una segunda y una tercera cosas malas.

-Lo sé -dijo Celia-. Ahora puedo terminar mi oración, mamá porque te confesé mi falta.